

U123

U3

1951

MINISTERIO DE EDUCACION
Universidad de Buenos Aires
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS

37324
←

COLACION DE GRADOS
AÑOS 1949 - 1950



BIBLIOTECA

Buenos Aires

1951

MINISTERIO DE EDUCACION
Universidad de Buenos Aires
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS

37324

Genso BIENES del ESTADO 1965
Inventario 1°

COLACION DE GRADOS
AÑOS 1949 - 1950



Top U123
U3
1951



Buenos Aires

1951

37324



BIBLIOTECA

"...No podría ser fructífera, como lo deseamos, la Patria sin la ciencia, como tampoco podría serlo la ciencia sin la Patria. Por ello es que estoy empeñado en dar a la Universidad argentina una ciencia argentina que sea orgullo de esta tierra y sea útil a la humanidad, a fin de que todos los que se sirven de ella puedan decir algún día que esa es la ciencia argentina. Por esa ciencia hay que sacrificarse, por esa ciencia hay que poner en juego toda nuestra capacidad, porque en ella estará el numen de la Patria pasada y de la Patria presente, estará el destino de esta Patria que todos soñamos grande, fuerte y poderosa por todos los tiempos".

PERON

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Ministro: Dr. ARMANDO MÉNDEZ SAN MARTÍN

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Rector: Arq. JULIO V. OTAOLA

Vice-Rector: Dr. CARLOS M. LASCANO

Secretario: Dr. EMILIO PASINI COSTADOAT

FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Decano:

Ing. JUSTO PASCALI

Vicedecano:

Dr. EVARISTO R. MEDRANO

Consejeros Titulares:

Dr. JOSÉ BARRAL SOUTO	Dr. GUILLERMO WATSON
Dr. FERNANDO CERMESONI	Dr. BONIFACIO LASTRA
Dr. JOSÉ F. DOMÍNGUEZ	Dr. CARLOS A. LENNA
Dr. ALFREDO LABOUGLE	Cont. ALBERTO HERNÁNDEZ
Dr. EVARISTO M. PIÑÓN FILGUEIRA	

Delegado Estudiantil:

Sr. CARLOS A. GARCÍA

Secretario:

Cont. JOSÉ ALOCEN

Prosecretario-Tesorero:

Dr. LIRIO MARINO

Contador:

Cont. SANTIAGO MIGUÉLIZ

Oficial Mayor:

Sr. JESÚS GARCÍA



DESARROLLO DE LA CEREMONIA

En un marco de lucidos contornos que tuvo lugar en el aula magna de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, se realizó el día 1º de junio del corriente año, el acto de colación de grados de los profesionales egresados de la Facultad de Ciencias Económicas, en el que recibieron sus diplomas los graduados en los cursos lectivos de 1949 y 1950.

El excelentísimo señor Presidente de la Nación y su señora esposa prestigiaron con su presencia la brillante ceremonia, a la que asistieron también ministros del Poder Ejecutivo y de la Corte Suprema de Justicia, el cardenal primado, legisladores, autoridades universitarias, profesores y miembros del Secretariado de la Confederación General del Trabajo.

Ante una numerosísima y entusiasta concurrencia que colmaba la capacidad del recinto, se desarrolló el programa preparado con el orden que se consigna más adelante.

En su oportunidad hicieron uso de la palabra S. E. el señor Ministro de Educación y el señor Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, quien despidió a los egresados alentándolos para que prosigan perfeccionando y difundiendo los conocimientos adquiridos en las aulas. Finalizó su discurso ofreciendo como homenaje, en nombre de las autoridades, profesores, alumnos y empleados de la Facultad, sendas medallas de oro al general Perón y su esposa, quienes luego procedieron a la entrega simbólica de sus diplomas a los egresados premiados.

Posteriormente pronunció breves palabras la señora Eva Perón, quien fué largamente aplaudida por los presentes.

Cerró el acto la esperada palabra del excelentísimo señor Presidente con acertados conceptos, en medio de repetidas y entusiastas muestras de adhesión y simpatía.

La ceremonia se desarrolló de acuerdo al siguiente programa:

- I. Himno Nacional ejecutado por la Banda de la Policía Federal.
 - II. Discurso del excelentísimo señor Ministro de Educación doctor Armando Méndez San Martín.
 - III. Discurso del señor Decano de la Facultad de Ciencias Económicas ingeniero Justo Pascali. Entrega de medallas de homenaje y agradecimiento al excelentísimo señor Presidente de la Nación, general Juan Perón y a su señora esposa, Eva Perón.
 - IV. Discurso del Director de la Escuela de Elevación Cultural Superior "Juan Perón" señor Juan Jiménez Domínguez.
 - V. Número de canto por el Coro Mixto de la Escuela de Comercio de Avellaneda, dirigido por el señor M. Daniel Jauregui, con la interpretación de la canción "No tocarán campanas".
 - VI. Discurso del graduado de la Facultad de Ciencias Económicas doctor Jaime Avellaneda.
 - VII. Discurso del graduado de la Escuela Cultural Superior "Juan Perón", señor Víctor Gosis.
 - VIII. Número de canto por el Coro Mixto de la Escuela de Comercio de Avellaneda, dirigido por el señor M. Daniel Jauregui, con la interpretación de la canción "Vieja campana".
 - IX. Entrega de diplomas de honor a graduados de la Facultad de Ciencias Económicas y de la Escuela de Elevación Cultural Superior "Juan Perón".
 - X. Discursos de la señora Eva Perón y del excelentísimo señor Presidente de la Nación general Juan Perón.
- Marcha final a cargo de la Banda de la Policía Federal.

DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO DE EDUCACION DOCTOR ARMANDO MENDEZ SAN MARTIN

Vamos a cumplir hoy con el acto tradicional, de la colocación de grados de los egresados de los últimos tres años de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

Por una feliz coincidencia, vamos también a entregar los diplomas a los alumnos de los Cursos de Elevación Cultural Superior "Juan Perón", que han cumplido satisfactoriamente su ciclo de estudios.

Tan saliente circunstancia es sólo coincidencia, en cuanto se refiere a la oportunidad de tiempo, pero es en sí un acto simbólico y reflexivo.

Por primera vez en la República un grupo de estudiantes de las maduras disciplinas científicas de la Universidad, recibe sus títulos conjuntamente con un núcleo de obreros que han cursado otras exigentes disciplinas, también conformadas en el rigorismo crítico de la ciencia moderna, que los habilita para representar a la Nación Argentina en el exterior, en su carácter de trabajadores.

Como se ve, esto constituye un hecho extraordinario en la historia de la vida estudiantil del país y un suceso de singular importancia en el desenvolvimiento social y político de la República.

Aquí, simbólicamente, tenemos presentes las fuerzas superiores del espíritu, hermanando todas las clases sociales, sin otro laurel ni otra gloria que la del talento, el esfuerzo y la virtud.

Esta circunstancia excepcional sólo pudo realizarse, vale la pena destacarlo, dentro del milagro social justicialista.

Únicamente bajo la era de Perón y Eva Perón pudo cumplirse esta significativa hermandad de los estudiantes, los trabajadores y la Universidad. Únicamente por la Revolución Nacional Peronista pudo conquistar el pueblo toda la verdad de sus derechos y todos sus derechos a la verdad.

Ahora corresponde a los jóvenes alumnos egresados, cumplir su misión trascendente.

Ahora les corresponde a ellos trabajar como argentinos, con honestidad y con fervor, por esta Patria Justicialista que les ha brindado todos los instrumentos y el bagaje espiritual suficiente para luchar en la vida y para servir al país.

Como nada es tan insobornable como la juventud, la República tiene fe en ellos y en el destino que se está forjando con un esfuerzo constructor, propio únicamente de los grandes episodios de la historia.

Después de la titánica obra que nos ha deparado el General Perón al conformar esta Nueva Argentina que hoy observamos, corresponderá a la juventud proseguir la tarea del sembrador, echando, a su vez, la semilla germinadora que en sus manos es símbolo de eternidad, en el surco glorioso de la Patria.

Nada, seguramente, será más grato a esa juventud; ni otra misión más alta podía corresponderle. Diaria y prácticamente ha ido percibiendo y aquilatando en qué consiste la Doctrina Justicialista. Ha comprendido que durante muchos siglos la libertad del hombre fué un mito; que las distintas ideologías y regímenes, no sólo la mistificaron, sino que en su nombre se cometieron todas las tropelías imaginables y se sancionó constantemente la explotación del individuo y del pueblo.

En la moderna concepción justicialista se supera la libertad política acompañándola con la libertad económica y el respeto fiel a la soberanía.

Y como por sobre todas las teorías la realidad es lo que más enseña, la juventud argentina ha aprendido en la vida cotidiana que es innegable, real y positiva, la verdad Justicialista.

Nadie podrá ya engañarla; nadie podrá sofisticarla; nada podrá detenerla en su fe; ni nada podrá inquietarla en su labor constructiva de divulgación y de realización.

No habrá ya argumento artificioso para discutir nuestra independencia económica, ni se encontrará ningún argentino que deje de defenderla.

Esa es la obra profunda, perdurable y trascendente del General Perón en quien la juventud argentina no ve a un político más, ni a un conductor afortunado, ni a un estadista común, sino a un excepcional creador.

Su Doctrina sobrepasa los límites de lo circunstancial y penetra hondamente en el destino del hombre para abrir y esclarecer el nuevo camino de la armonía y la felicidad de la humanidad. Su concepción no es de una época ni es un suceso ocasional, sino que constituye un orden genial que aparece de tarde en tarde, en los siglos, en la historia y organiza en forma perdurable en los pueblos.

Esa creación que a los argentinos nos ha tocado la suerte de vivirla originalmente, sólo necesita de discípulos para propagarla e imponerla conscientemente. La primera predicadora ha sido la señora Eva Perón, quien estando a su lado, nos ha enseñado cómo la obra de la fe y la verdad realiza la extraordinaria concepción integral Justicialista. Su gran colaboradora nos ha enseñado el camino y nos ha brindado, con su ejemplo, todo lo que puede cumplirse cuando se siguen fielmente las directivas del Maestro.

Los jóvenes estudiantes constituyen el plantel más natural de este ejército de discípulos y predicadores de la Doctrina, que han aprendido a comprenderla y a amarla, a través de la acción del General Perón y de la señora Eva Perón.

Intérprete fiel de ambos, con su fuerza prístina e incontenible, será la juventud la misionera formidable de la causa. Será la energía vivificante que hará captar a todos, integralmente, la valoración de la Doctrina y su preeminencia sobre las ideologías caducas que han envuelto a la humanidad en las sombras del despotismo, la lucha fratricida, la guerra y la miseria de las masas.

Feliz la juventud que viene al mundo con el designio de descifrar un mensaje eminente para sus semejantes.

Mensaje que involucra una nueva posición de paz y de felicidad efectiva para el hombre, eternamente acuciado por la inquietud de todos los idealismos.

Mensaje que cifra su más alto premio en evitar la servidumbre del individuo o de la masa, y en otorgar su jerarquía imprescriptible al hombre y su jerarquía intangible y eterna al pueblo.

Su principio fundamental consiste en comprender a Perón tal como se ha presentado la generación presente y tal como lo advertirán las generaciones futuras: como el instaurador de una Doctrina genial que nos sobrevivirá en el tiempo. Como el conductor de pueblos que superó las contingencias de su época, para elaborar vigorosamente la aurora de una nueva sociedad basada, por fin, en los verdaderos postulados de la justicia y el bien.

Como el artífice de un nuevo estado social, donde se descartan los apetitos del egoísmo individualista y los instintos prepotentes del imperialismo.

Repetimos: feliz la juventud que tiene el alto designio de esparcir un mensaje.

Comprender, interpretar y seguir al Maestro en su esclarecedora, única y excepcional trayectoria, expurgando las trivialidades de la militancia política y destruyendo las ignorancias o las malevolencias de los bastardos intereses inconfesados, en la misión candente y sagrada de la juventud.

Así, brillará refulgente la figura del Maestro en el cielo de la verdad y en la tierra de los hombres, y la juventud será también acreedora a la gloria de su ejemplo.

DISCURSO DEL SEÑOR DECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS, ING. JUSTO PASCALI

Séame permitido, en primer término, expresar el profundo agradecimiento de los profesores, alumnos y personal de la Facultad de Ciencias Económicas al señor Presidente de la Nación, general Juan Perón y a su señora esposa, doña Eva Perón, por haber prestigiado de modo singular esta fiesta de despedida de nuestros egresados, jerarquizándola y honrándola con su presencia, a pesar de las abrumadoras tareas que les absorben todos los instantes de su tiempo, y, séame permitido, también, agradecer muy íntimamente a las altas personalidades aquí presentes su concurrencia a este acto que adquiere por ello un brillo inusitado.

Ruego se me tolere, también, expresar la honda satisfacción personal que me produce esta ceremonia académica, sin precedentes en la universidad argentina pero que no tardará en ser imitada por las universidades del mundo, mediante la cual vienen unidos del brazo estudiantes y obreros argentinos a recibir sus diplomas de capacitación específica de manos del primer mandatario de la Nación, para evidenciar que en la Nueva Argentina se ha rellenado con la cultura y el amor fraterno los viejos fosos que separaban a los jóvenes que tuvieron la fortuna de poder asistir a las escuelas, de aquellos otros jóvenes que tuvieron necesidad de ser, desde muy temprana edad, soldados del trabajo.

La patria y el mundo necesitan la capacitación de los hombres con aptitudes suficientes, vengan de donde vengan: ya sea de los liceos, de las escuelas normales, de las escuelas industriales, de las fábricas o de las campañas. Para ello será necesario *rever desde sus cimientos*, con gran cautela, pero, con gran energía, las normas rígidas que actualmente permiten el acceso a las universidades, *incluyendo nuevos sistemas* para determinar la aptitud y altura imprescindibles para cursar los estudios superiores. Las existentes son normas viejas, en su espíritu caducas, dictadas con concepto de clase privilegiada que ha desaparecido en la Argentina Justicialista, pero, que imperando todavía en la universidad obstaculizan el progreso cultural nacional.

En esta Nueva Argentina el bachillerato no puede seguir siendo el único medio que permita al pueblo llegar a la enseñanza que se imparte en las universidades.

En este día dichoso y simbólico en que despedimos a jóvenes formados en la universidad y en el trabajo, yo, que soy viejo profesor universitario, que sé lo que se necesita en los estudios superiores y que conozco la hojarasca que hay en ellos, quiero asumir ante el excelentísimo señor Presidente de la Nación, que me hace insigne honor de escucharme, la responsabilidad absoluta de la idea que he expresado en mi permanente aspiración de ampliar las puertas de la universidad, y con el deseo de que también puedan ascender sus gradas muchos hombres de manos callosas pero de frentes llenas de inteligencia.

Es que vamos llegando a la concreción práctica del postulado justicialista, de que la universidad, que por definición es del pueblo, sea también para el pueblo, concepto que se materializa a través de las múltiples disposiciones de gobierno que tienden a franquear el acceso a la Universidad a todos los estudiantes que revelen vocación, aptitud y capacidad para cursar alguna carrera superior, con prescindencia de la situación económica de la respectiva familia.

Conocemos mucho este problema los hombres que hemos actuado en la Facultad de Ciencias Económicas: sabemos muy bien lo que rinden y a lo que pueden llegar esos muchachos que tienen que ganarse el pan para seguir sus estudios, trabajando en los más distintos sectores de la actividad privada o pública, pues, el 95 por cien de nuestros estudiantes cursa su carrera de ese modo, y es por ello que podemos apreciar con gran ponderación lo que podrían rendir los

hombres de trabajo cuando *modernizando los actuales sistemas de medir la capacitación* sean salvadas las dificultades formales que hoy les cierran el camino y les impiden avanzar en la cultura superior.

Esos jóvenes de nuestra Facultad, reclutados de las napas del pueblo, constituyen los elementos capacitados para dar cumplimiento orgánico a la gran transformación económica, financiera, industrial y de todo orden que ha realizado y está realizando el señor presidente de la Nación en la empresa cicolópea en que está empeñado. Son estos jóvenes estudiantes, junto con sus profesores, los que además de sus estudios clásicos asisten día a día a una nueva lección de trabajos prácticos de economía, finanzas, de industria o comercio que les da con su titánica labor diaria el excelentísimo señor Presidente de la Nación que, aún siendo militar de carrera, merece de los universitarios argentinos el título inédito de "*Maestro por Excelencia*", por la transcendental obra civil, cultural o social con que moviliza el potencial de la nación desde el amanecer de cada día.

Nuestra Facultad sigue de ese modo el ritmo del movimiento nacional, y por que lo sigue es joven, adaptándose continuamente a las exigencias de la sociedad que debe servir. Por ello sus egresados son solicitados inmediatamente por el mercado del trabajo y su ciencia y su técnica encuentran aplicación en la actividad privada o son requeridas en el gran ordenamiento nacional que se realiza desde la función pública donde, para atender complejas cuestiones de orden económico, financiero, industrial, comercial o social, *es imprescindible recurrir* a los conocimientos que adquirieron en su carrera económico-contable.

Sin embargo, a pesar de esa eficiencia ya reconocida por la actividad privada o por la administración de estado, nuestra Facultad no se detiene en la obra realizada: trata continuamente de perfeccionarse y actualmente está abocada a la confección de un *nuevo plan de estudios* que permita *intensificar las especializaciones* que son requeridas en el ejercicio profesional.

Sin descuidar en manera alguna el cultivo y desarrollo de la ciencia pura, la universidad, debe adaptarse al imperativo categórico de la hora. Y ese imperativo categórico nos demanda la preparación de generaciones sanas de cuerpo y alma, poseídas de claras y firmes convicciones filosóficas, éticas, sociales y patrióticas, que les permitan cultivar y enaltecer con fines constructivos, de alcance nacional y mundial, los conocimientos técnicos de cualquier especialidad que asímlen para mejor servir a la comunidad.

Son aplicables a la educación universitaria, los luminosos conceptos vertidos por el primer magistrado en su ya célebre Mensaje de la Victoria, al tratar de la escuela en general y de la formación de la juventud argentina.

Como profesor universitario, y como argentino, no puedo menos que expresar mi complacencia al ver cómo en las escuelas de la patria, se procura crear en el alma de los niños y de los jóvenes —según lo expresara el general Perón— "*una conciencia clara de la realidad espiritual, económica, social y política del país y de la responsabilidad que deben asumir en la empresa de lograr y afianzar los fines de la Constitución*".

Entiendo que estos son aspectos fundamentales de la formación universitaria, que debe darnos, por definición, al hombre íntegro, que armonice en su pensar, en su sentir y en su obrar *con los vislumbres humanos de la verdad metafísica y con los dictados de la verdad técnica*, a fin de que pueda decirse de él, con justicia, que es algo más que un autómatas animado, que es algo más que un cerebro mecanizado: es, ante todo, una persona que se siente parte integrante de una comunidad de la que vive y a la que debe servir eficientemente; un ser absolutamente compenetrado del sentimiento de continuidad histórica y social de la nación, un hombre, en fin, de su tiempo y de su patria. Que por ser de su tiempo y de su patria la comprende en su pasado, en su presente y en su porvenir, y,

que tiene la íntima aspiración argentina de labrar — como dice el general Perón — la presente felicidad del pueblo y la grandeza futura de la Nación; que se siente capaz de todos los esfuerzos individuales, de todos los sacrificios que haya que hacer, con tal de traducir en hechos concretos de cada día, el incommensurable ideal estampado al pie del magnífico Preámbulo de la Constitución Justicialista, al conjuro del irrenunciable propósito de constituir, para nosotros y para nuestros descendientes, y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino, una nación feliz, por socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana...

La Facultad de Ciencias Económicas, a la que incumbe el estudio de los aspectos que sin duda revisten *importancia y trascendencia capital* en el convulsionado mundo actual para alcanzar tan altas finalidades ha de estar bien presente en la tarea de forjar los hombres que la Argentina necesita para labrarse su prosperidad actual y un futuro venturoso, gracias a planes de estudio que contemplan esa formación integral de sus alumnos, *la que incluye una severa labor de especialización en las disciplinas profesionales que son de su incumbencia.*

¡La especialización! el conocimiento de algo bien sabido que sea útil y no el enciclopedismo mal dominado que es inútil en el ejercicio de las profesiones: la deshidratación, la descongestión de los ampulosos y recargados planes de estudio: la simplificación consiguiente de las carreras universitarias, con aumento de su eficiencia, *según rige en los países más adelantados del mundo*: he ahí el deseo sentido por la totalidad de los 43.000 alumnos inscriptos en la Universidad de Buenos Aires, que yo, como viejo profesor universitario, que conozco lo substancial y lo espectacular del oficio, apoyo con convicción profunda y que me tomo la libertad de transmitirlo al excelentísimo señor Presidente de la Nación en esta brillante asamblea, que tal vez *esté llamada a marcar un nuevo rumbo en la universidad argentina.*

Felizmente, ese deseo estudiantil, que responde a una necesidad orgánica de la vida moderna, ya ha adquirido vida real en un nuevo plan de enseñanza vigente en la Universidad Nacional de La Plata, lo que puede ser un ejemplo tan importante para los encargados de resolver tan importante problema universitario.

Los jóvenes estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas que hoy egresan con sus diplomas profesionales entran al campo de la acción bajo el signo promisor de un despertar nacional sin precedentes y al darles en sus hombros el espaldarazo consagratorio deseo, abusando de mi ascendiente de viejo maestro y amigo, fijarles una línea de conducta moral que es ineludible en el camino de la vida. Mi consejo será claro, breve y terminante:

Jóvenes graduados: cuando algún conflicto serio se plantee en vuestros espíritus, en el trajín de la lucha, no vaciléis: resolvedlo inspirados en el ejemplo de nuestro "Maestro por Excelencia", y no os equivocaréis.

Señor Presidente: nuestra Facultad de Ciencias Económicas, a la que habéis asignado de modo definitivo toda la manzana de edificio en que hoy funciona, me ha conferido la honrosa y gratísima misión de expresaros su profundo agradecimiento por tal resolución que le permitirá desarrollar sin estrecheces, en el futuro, sus labores universitarias y me ha encargado que en nombre de sus profesores, alumnos y personal os ruegue aceptéis esta sencilla medalla como testimonio de imperecedera gratitud.

Y a vos, señora Eva Perón, compañera inseparable en las tareas trascendentales de vuestro esposo, la que habéis renunciado a los placeres de una existencia cómoda sacrificando vuestra vida para mejorar la de los humildes, a vos que habéis prestado importantísimo servicio a nuestra Facultad en un momento delicado, os ruego también, en nombre de los mismos mandantes, que aceptéis esta otra medalla que es un sencillo, pero, cordialísimo e íntimo homenaje que por todo ello deseamos tributaros.



Aspecto parcial del público que asistió a la ceremonia de colación de grados

BOGOTÁ



DISCURSO DEL GRADUADO, DOCTOR JAIME AVELLANEDA

Al asistir a esta solemne colación de grados de los egresados de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, correspondientes a las promociones de los años 1949 y 1950, abrigamos la certeza de que esta memorable reunión ha de tener una extraordinaria trascendencia en los anales de nuestra Casa de Estudios y de las profesiones de Ciencias Económicas.

Me ha sido discernido el insigne honor y la gran responsabilidad de hacer uso de la palabra en nombre de los graduados de la Facultad, que tienen la satisfacción de recibir sus diplomas, y ver así el coronamiento oficial de todos los sacrificios que les demandaran sus respectivas carreras.

Respondiendo a ese honor y a esa responsabilidad, expresaré, en primer término, nuestra gratitud a la Facultad de Ciencias Económicas, que es como expresarla a todos y a cada uno de sus profesores, por habernos dotado de la preparación necesaria para ser útiles a la sociedad y a nosotros mismos.

Esta manifestación de nuestro sentir, señores, escueta en su forma, lleva un fondo pletórico de anhelos y de esperanzas de toda una generación de estudiantes, ansiosos de ser dignos de la alta misión que les depara la larga y severa disciplina del estudio.

El estímulo que la Universidad nos ha querido brindar hoy en esta Colación de Grados, del cual se ha hecho intérprete con magistrales palabras el Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, ingeniero Justo Pascali, se ve realzado por la presencia del excelentísimo señor Presidente de la Nación, General Juan Perón, su dignísima esposa, doña Eva Perón y autoridades nacionales y universitarias, quienes prestan a este acto una jerarquía que le confiere indudables relieves históricos.

El excelentísimo señor Presidente, verdadero forjador de la Nueva Argentina, ha sabido valorizar el concurso de los profesionales de Ciencias Económicas, abriéndoles de par en par funciones de alta responsabilidad en la administración pública y en el gobierno, demostrando con ello un criterio de justicia y de realismo que enaltece su magnífica obra de estadista.

Ello nos permite abrigar fundadas esperanzas de que vamos hacia una nueva era de progresiva jerarquización profesional de los egresados de nuestra Facultad, en relación directa con la creciente importancia de las tareas especializadas que los mismos están llamados a cumplir, en el cuadro general de las actividades económicas y sociales del país.

La convulsionada situación mundial en esos dos aspectos fundamentales de la vida colectiva e internacional, debe hacernos reflexionar seriamente acerca de los principios y los métodos a emplearse en la resolución de problemas de los cuales dependen el bienestar actual y futuro de millones de seres humanos.

Esto nos permite inferir la necesidad de que el mundo debe librarse de la influencia de erradas ideologías y egoístas tendencias que hasta ahora han permitido, cuando no fomentado, la explotación del hombre por el hombre, y la enemistad y las guerras entre las naciones.

Para ello, es necesario aportar una nueva solución, basada en principios filosóficos que empiecen por reconocer la eminente dignidad de la persona humana y los derechos naturales de los pueblos en cuanto a su libre autodeterminación en lo político, en lo social y en lo económico.

La República Argentina, afortunadamente, tiene esa solución, completada hoy en la Constitución Nacional, cuyas sabias disposiciones requieren la más elevada capacidad y la más empeñosa dedicación de todos los ciudadanos, con el fin de materializar en obras efectivas de bienestar general y de cultura nacional.

los grandes objetivos señalados en su Preámbulo al quehacer de las actuales y venideras generaciones de argentinos.

La misión de la Universidad es, precisamente, formar hombres capaces no sólo por su técnica sino también por su ética, decididos y aptos para la investigación científica, el estudio metódico y la aplicación de sus conocimientos con un sentido eminentemente social.

En esa función general de la Universidad, compete a la Facultad de Ciencias Económicas la formación de la juventud vocacionalmente inclinada a cultivar las disciplinas que en ella se enseñan, para afrontar con éxito, fundamentales cuestiones que se relacionan estrechamente con el correcto funcionamiento de los organismos económicos cuya acción influye tan intensamente en el nivel de vida y en la prosperidad nacional.

Nuestro trabajo específico abarca el inmenso campo que va desde la pequeña hacienda privada, hasta el complejo mecanismo de la hacienda pública.

En esa amplia esfera de actividades existen innumerables oportunidades para desempeñarnos profesionalmente con técnica progresista y espíritu de superación.

Ante esas posibilidades, que nos ha abierto nuestra querida Facultad de Ciencias Económicas, en cuyas aulas nos hemos formado, no vacilamos en poner de manifiesto nuestro patriótico regocijo ante el extraordinario desarrollo económico y social de nuestro país, impulsado por la obra de Gobierno que realiza el señor Presidente cuyo ideal —convertido ya en irrevocable decisión constitucional— de constituir una nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana, compromete y requiere la indefectible colaboración de todos sus conciudadanos, y especialmente de nosotros, profesionales de Ciencias Económicas, a quienes la sociedad ha dado por intermedio de la institución universitaria, la preparación que nos habilita para aportar un esfuerzo capacitado y una contribución eficiente que redunde en provecho y engrandecimiento de la Patria.

De ahí nuestro íntimo deseo de que tal proceso de expansión económica y social, de brillante presente y promisorio porvenir, lejos de haberse interrumpido o aminorado, sea proseguido y acrecentado.

En la tarea colectiva de fomentar y consolidar esa expansión económica y social a que me refiero, nos hallaremos unidos bajo un mismo ideal y una misma bandera todos los Trabajadores de la Patria.

Merced a un justiciero concepto que se va generalizando en el pueblo, hoy nos encontramos todos hermanados en la común dignidad del trabajo, sea cual fuere la índole de la función con la cual servimos a la sociedad de que formamos parte.

Prueba reconfortante de ello, es este acto, en el cual, juntamente con los egresados de la Facultad de Ciencias Económicas, reciben sus diplomas los alumnos de la Escuela de Elevación Cultural Superior "Juan Perón", con quienes nos resulta grato confraternizar al conjuro de las grandes metas comunes, señaladas por el excelentísimo señor Presidente como principio y finalidad para todos los argentinos.

Quiero pues, aprovechar la oportunidad para expresar al excelentísimo señor Presidente de la Nación, a la señora Eva Perón y a todas las autoridades nacionales y universitarias, que nosotros los egresados de Ciencias Económicas estaremos siempre presentes, con nuestra capacidad y nuestra dedicación, en la magna tarea de afianzar para nuestra Patria los beneficios de la Justicia Social, de la independencia económica y la soberanía política.

ALUMNOS QUE OBTUVIERON DIPLOMA DE HONOR



Ilda Inés Acherbo



Edmundo J. E. López



Alfredo D. Mastropierro



Saúl Posternak



Jorge Rossetto



Nicolás F. Whelan

NOMINA DE EGRESADOS

Los profesionales a quienes les fueron discernidos diplomas de honor y títulos doctorales se discriminan de la siguiente manera:

DIPLOMAS DE HONOR

CONTADORES PUBLICOS

Ilda Inés Acherbo
Edmundo Eduardo López
Alfredo Domingo Mastropierro
Saúl Posternak
Jorge Rosetto
Nicolás Florencio Whelan

GRADUADOS

DOCTORES EN CIENCIAS ECONOMICAS

1949

Bernardo Alvarez García
Félix Andueza
Josefa M. Suárez de Arrebillaga
Eleuterio Aza
Rodolfo Francisco Bardelli
Mario Biondi
Juan Antonio Conde
Blas Ortiz Estupiñán
Armin G. Emilio Finsterbusch
Juan Carlos Garate
Oscar Amadeo Giambruni
José Hugo Giganti
Carlos María González
Héctor Fernando Guevara
José Luis Guillén
Atilio Grippo
Samuel Kritzer
Juan A. Lercari
Julio Argentino Lobo Alderete
Jaime López Fermoselle
Silvio Maldonado
Carlos Pellegrini
Norma Pérsico
Juan Antonio Rodal
Alberto Eloy Sarce

1950

David Abulafia
Edmundo Arroyo
Jaime Avellaneda
Teodoro Héctor Badano
Juan Walterio Bardach
Carlos Alfredo Carrera
Rosa Cusminsky
Carlos Domingo Dellaccha

Miguel Diez
Ricardo Fernández
Alfio Garófalo
León Geller
Mario Rodolfo Mei
Lucas Domingo Moavro
Aníbal Noguera
María Luisa Pettis
Angel Francisco Piantanida
Alberto Pombo
Avelino Jaime Jacinto Rovira
Jorge Néstor Salimei
Mario Alberto Santagati
Dioclezio Sinigagliesi
Nuño Sygal
Jorge Fermín Trucco

DISCURSO DE LA SEÑORA EVA PERON

Es para mí una profunda emoción asistir a este magnífico acto en el que se realiza la colación de grados de los egresados de la Facultad de Ciencias Económicas y de la Escuela Superior "Juan Perón".

Es el pueblo de la patria que se une en este acto; los alumnos que se han doctorado en ciencias económicas y los trabajadores que en la Nueva Argentina del General se perfeccionan para demostrar al mundo que en esta Argentina Justicialista no sólo se trabaja sobre las cuestiones materiales, sino que predominan las espirituales y las morales, condiciones éstas que están demostrando los trabajadores.

Yo quisiera decir muchas cosas esta noche, pero como todos estamos ansiosos por escuchar la palabra del general Perón quiero terminar felicitando muy fervorosamente a los estudiantes que han recibido esta noche su diploma de doctores en Ciencias Económicas, y a las compañeras y compañeros trabajadores que han recibido simbólicamente, de manos del líder de los trabajadores, sus diplomas de agregados obreros.

A ellos va mi corazón de mujer argentina, de peronista y de amiga.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA NACION GENERAL JUAN PERON

Yo también deseo que mis primeras palabras sean de júbilo, ya que los argentinos podemos tener la inmensa felicidad de vernos juntos, en un mismo acto, hombres de distintos sectores, de distintas actividades, con distintas ilusiones y distintas formas de vida, pero que animan en un solo corazón, un solo sentimiento: el de ser buenos argentinos y el de servir a su patria.

No sin cierta sorpresa he leído en los diarios de hoy que iba a decir una conferencia en este lugar. Me dijeron hace unos días que me invitaban para este acto, y yo, feliz y orgulloso, he asistido a él. Ahora, en cuanto a la conferencia, yo soy un hombre que tengo poco tiempo para escribir o preparar conferencias. Lo más que me puedo animar a hacer en este acto, es una conversación amistosa sobre las cuestiones que festejamos, y ya que me han puesto también el tema, les diré con mucho gusto, algunas cosas sobre la independencia económica.

En esta conversación, yo deseo que todos los señores, solamente vean la obligación que tenemos todos los viejos, en presencia de todos los muchachos, de darles algunos consejos que quizá, a lo largo del camino que deben recorrer, les puedan servir alguna vez de apoyo o constituyan alguna ayuda.

Por supuesto, esta conversación no será una exposición académica, ni tendrá una gran retórica, pero lo que sí puedo afirmar es que tendrá lo que para mí vale más que la elocuencia, que es la verdad.

Yo diría a estos muchachos que reciben su título habilitante para ejercer actividades tan importantes para la sociedad, que a lo largo de la vida he aprendido que son muchas las cosas que el hombre necesita dominar para desenvolverse bien, y yo llamo desenvolverse bien, cuando se es capaz de prestar el mayor servicio posible a sus semejantes, cuando se está capacitado para servir mejor a los demás, que para servirse a sí mismo.

Yo pienso que en este aspecto de la vida, el hombre a que me refiero ha de tener una característica determinante en la posesión de tres coeficientes de la acción del hombre. Podemos asegurar que él posee una erudición y los conocimientos técnicos necesarios para ser buen profesional en la ciencia económica, pero eso no le valdrá de nada, si ello no lo completa con una segunda condición, que es el conocimiento de la realidad del medio en que vive.

Esa realidad del medio que viven, sola, tampoco les serviría de mucho; pero los conocimientos técnicos frente a la ignorancia de la realidad que vive, no le valdrían de nada. Y la tercera condición que yo reputo necesaria es que cada uno de ellos, con su erudición y conocimientos técnicos, con el conocimiento de la realidad, sepa elaborar el éxito. Algunas personas creen que el éxito le sale a uno por el camino o lo encuentra en cada bocacalle. El éxito no es producto de la suerte; es producto de la propia perseverancia en elaborarlo, en producirlo y en explotarlo. Si algún consejo pudiera dar yo a los nuevos profesionales y a los alumnos que egresan del curso de capacitación superior, sería el que no confíen nunca en que el éxito se les puede presentar, deben correr tras él, asirlo y después servirse de sus resultados.

Señores: yo pienso que estas falanges de hombres idóneos en las ciencias económicas tienen frente a la Nación y frente a su pueblo una responsabilidad especial, que quizás antes no hayan tenido los que se doctoraron en ciencias económicas. Ellos tienen hoy una economía nacional libre que servir y defender en el futuro. Es por esa razón que yo, en forma más bien de relato histórico, quiero hacerles una rápida exposición de cómo hemos trabajado nosotros para realizar esa independencia económica, que hoy podemos ofrecer al país en forma integral.

Para ello, comenzaré por decirles que el día 5 de junio de 1946, o en otras palabras, al día siguiente de haber tomado posesión del gobierno de la Nación, hube de tomar también una resolución personal, que la había pensado la mayor parte de la noche del 4 al 5, que fué también la primera noche que comencé a dormir mal.

Les voy a pedir por favor que me escuchen y después, al final de todo, si les gusta, me aplauden. De lo contrario, no vamos a poder hablar.

En la vida de los hombres, no todos los días debe uno tomar una resolución trascendental. Muchas veces toma uno una resolución que lo orienta, le sirve de bastón para cinco o diez años. Ese era el caso que se me presentaba a mí el día 5 de junio de 1946, porque tenía el gobierno y se me presentaban dos caminos diferentes, y como desgraciadamente no podía seguir con una pierna en cada camino, en esa diversificación, tuve que determinarme por uno o por el otro.

Ayer, recorriendo un cofre que tiene mi señora, donde guarda todos los papeles de borrador que yo hago —pues dice que le servirán para la historia—, encontré una hoja escrita a lápiz, que tiene desde hace cinco años, donde está esa resolución que yo quiero ofrecerles a ustedes como una primicia.

Esta hoja contiene esa resolución, sin la cual yo no hubiera podido hacer buen gobierno, aunque hubiera sido un genio. Pero con esta resolución, cualquiera medianamente hombre, nomás, puede realizar un gobierno aceptable.

Dice esa resolución del día 5: 1º) Cuando se viven tiempos de despiadado imperialismo, los estados, como Hamlet, tienen frente a sí el dilema de ser o no ser. 2º) Por eso la cuestión más importante para el gobernante de hoy es decidirse a enfrentar al exterior, si quiere ser o a sacrificar lo interno, si se renuncia a ser. 3º) Cuando defienda su independencia, haga respetar su soberanía y mantenga el grado de dignidad compatible con lo que debe ser una nación, deberá luchar duramente con los déspotas y dominadores, soportando virilmente sus golpes. 4º) Cuando a todo ello renuncie, vivirá halagado por la falsa aureola que llega de lejos, no enfrentará la lucha digna, pero tendrá que enfrentar la explotación de su pueblo, su miseria y su dolor que golpearán implacablemente sobre su conciencia. Tendrá a menudo que recurrir al engaño para que lo toleren a su frente y renunciará a su independencia y soberanía conjuntamente con su dignidad. 5º) Esta es la primera incógnita que debo despejar en el gobierno de mi país, delante mismo de mi primer problema. 6º) Yo me decido por mi pueblo y por mi patria. Estoy dispuesto a enfrentar la prepotencia, la insidia, la calumnia, la difamación de los enemigos de afuera y de sus agentes de adentro.

Señores: tal vez si esto hubiera sido hecho hoy no tendría para mí el valor extraordinario que tiene por haber sido escrito hace cinco años. Y no sólo el hecho de que haya sido escrito sino que Dios me ha permitido la suerte de poderlo cumplir durante estos cinco años que he estado al frente del gobierno.

Por esa razón yo quiero hoy, despojado de todo artificio, como a menudo se hace cuando habla la Verdad, decir aquí, en un círculo de argentinos, cómo hemos realizado nosotros la independencia económica, que un grupo de muchachos de común origen con los que hoy egresan de la Facultad de Ciencias Económicas y otro grupo económico de hombres de negocios, hemos podido planear y realizar toda esta actividad todavía un tanto desconocida para los hombres de la República.

Cuando en 1943 comenzamos a realizar la reforma social, estábamos enfrentando un problema que requería una solución inmediata. Y quizás hubiéramos llegado tarde con nuestra reforma. Tal era el grado de urgencia que advertí yo en 1944, estando al frente del Departamento Nacional del Trabajo.

Realizada la reforma social, había que realizar la reforma económica que la sustentase, porque si no todo ese inmenso edificio que habíamos levantado con la

reforma social se nos podía venir un día encima y aplastarnos de una manera terrible.

Cuando en 1946 escribí yo estas palabras, tenía frente a mí, que realizar la independencia económica, sin la cual esa reforma social iba a ser la loza de nuestro propio sarcófago.

Generalmente, el hombre, cuando se decide a realizar una obra de esta naturaleza, tiene —como el valeroso castellano, o como lo hicimos nosotros con la reforma social— que quemar sus naves para que ni siquiera tenga la tentación de dar un paso atrás. Nosotros, con la reforma social habíamos quemado nuestras naves. No teníamos más que una dirección para marchar: hacia adelante. Hacia atrás, a un milímetro, estaba el fracaso total de nuestra acción.



Instantes en que el excelentísimo señor Presidente de la Nación y su señora esposa felicitan al graduado, doctor Jaime Avellaneda, con motivo de haber obtenido su título profesional

La tarea de realizar la independencia económica no era, como muchos creían en aquella época, hacerse un viaje a Tucumán y declarar en la casa de los próceres la independencia económica. Había que realizarla detrás de la simbólica ceremonia. Y eso ya no era tan fácil como ir a Tucumán.

Nosotros, con la reforma social, habíamos producido, naturalmente, un desequilibrio en la economía, en aquella economía de miseria que existía antes. Habíamos elevado a economía de abundancia, un sector, que era el social, pero el económico permanecía todavía con los métodos de la economía de miseria. De manera que había un desnivel muy grande, y si hubiéramos querido bajar de éste

hubiera sido un cataclismo, y si hubiéramos querido subir de este otro a este plano, no lo hubiéramos podido hacer por nuestros propios medios. Lo que hicimos nosotros, fué construir la escalera para nivelar esta economía, que actualmente está nivelada.

¿Qué presuponía la independencia económica en aquel entonces?

Cosa fácil de expresar e inmensamente difícil de realizar.

La primera etapa era la recuperación económica. Para ello teníamos que comprar bienes por quince mil millones de pesos y no teníamos ni un solo centavo disponible. Primer problema. Segundo: había que realizar la verdadera independencia; desligarse de una manera determinante de la presión que por necesidad soportó siempre la República en su comercio internacional. En otras palabras, crear su propia economía, con el gran centro de gravedad de volumen de economía interna, para no estar ligados a la economía internacional en forma que no nos presionase, porque entonces no íbamos a ser libres aunque tuviéramos todo lo demás. Este era el segundo problema.

Los hemos realizado a los dos y los hemos realizado acabadamente. Eso es lo que yo quiero explicar, porque en aquel entonces lo veíamos muy difícil, demasiado difícil, porque teníamos por delante esos dos graves problemas. Ahora lo vemos fácil, extraordinariamente fácil, porque ahora los hemos sobrepasado y están detrás.

Dar una idea de cuál ha sido el trabajo realizado, es el objeto de esta charla.

Señores: cuando yo llegué al gobierno —entré a la casa de gobierno el día 5—, lo primero que se me ocurrió preguntar era como estaban las cuentas. Vale decir, cuál era el haber y cuál era el debe de la República. Y me encontré con la extraordinaria circunstancia de que en este país la contabilidad nacional no llevaba nada más que el debe.

Sabíamos que debíamos como 6.500 millones de pesos al exterior, por los cuales pagábamos anualmente 850 millones por amortización e intereses de la deuda pública internacional. Y cuando pregunté: ¿Qué tenemos nosotros para hacer frente a eso?, me contestaron: Eso habría que averiguarlo.

Recién el doctor Cereijo después de estar un año en el Ministerio me había averiguado cuál era el haber. Trabajamos tres años en esa tarea para establecer con toda precisión y determinamos el haber patrimonial del Estado, que alcanza casi a los 80 mil millones de pesos en la actualidad, y que en aquel entonces estaba por los 50 mil millones, más o menos, según calculábamos nosotros, en números redondos y aproximados.

Con esa enorme deuda teníamos, a pesar de ello, que adquirir todo lo que representaba un servicio financiero al exterior, vale decir que las salidas por conceptos financieros alcanzaban a la enorme cifra de 5.000 millones al año.

Señores: la recuperación representaba para nosotros el nivelar la economía de miseria en la economía de abundancia. Si todos los años evitábamos que en sustracciones visibles o invisibles a la riqueza nacional se fueran al exterior 5 mil millones de pesos y los incorporábamos al volumen de nuestro ciclo de riqueza interna, nosotros ya no tendríamos problema en el futuro.

¿Pero qué representaba esto? Un desembolso de 15 mil millones de pesos en ese momento. Como digo, nosotros no teníamos entonces nada más que deudas. Yo hice números, algunas consultas y uno tuvo un día la peregrina idea de contestar a mi consulta: y si no tiene plata, ¿cómo va a comprar por 15 mil millones. Yo le dije: Si yo tuviera plata, no lo llamo a usted; compro nomás.

Pero eso, en el fondo, me dió una gran enseñanza, que fué la de pensar que aquí no se trataba de ningún asunto que fuera de carácter técnico elucubrativo. Se trataba de hacer buenos negocios. Llamé entonces a un comerciante, que era talentoso, y le dije: Tengo que comprarlos ferrocarriles, los teléfonos, el gas, una

marina mercante que me independice en el tránsito de ultramar, los puertos, los elevadores de granos. Pagar 850 millones anuales no es negocio. Quiero pagar toda la deuda externa para no tener que abonar intereses, nacionalizar los seguros, los reaseguros y comercializar yo la cosecha, porque ahí estamos perdiendo por año casi mil millones de pesos que se van con la cosecha. Así, a "grosso modo", le presenté el programa y le dije: no tenemos un centavo para hacerlo. Me contestó: eso es lo que se llama comprar: tomar todo eso, sin tener un solo centavo disponible, porque no es gracia comprar teniendo toda la plata a disposición. Yo pensé inmediatamente: este es mi hombre.

Efectivamente: sería largo que yo enumerase cómo se realizan todos los negocios. Pero no es difícil que yo con dos ejemplos les pueda presentar a ustedes como se hizo todo eso sin dinero y aún ganando plata encima. Los países, como los hombres, se enriquecen cuando hacen buenos negocios y cuando los hacen malos se funden. La economía nacional es igual que la economía individual, pero amplificada; y las leyes que rigen para lo uno rigen también para lo otro. Se complica un poco más, pero también hay más facilidades.

Lo primero que encaramos fué la compra de los ferrocarriles. Vino una misión; tratamos con ellos, nos pidieron 8.000 millones. Eran 40.000 kilómetros de vías, con todos sus vagones, su material de tracción, galpones, miles y miles de estaciones y algunos bienes indirectos que pertenecían a los ferrocarriles, 40 ó 50 estancias, compañías fruteras, Furlong, Villalonga, todos los transportes automotores, el puerto de Bahía Blanca, el de La Plata, etc., 23.000 propiedades en total. Y todavía quedaba parte de esa legüita de tierra que corre a la derecha e izquierda de las vías, en algunas partes. Naturalmente, nosotros hicimos evaluar por nuestros técnicos todo eso, y calculamos que 8.000 era mucho, pero que por 6.000 podía andar. No nos pudimos poner de acuerdo con la misión que vino aquí. Ellos defendían sus intereses y nosotros los de la Nación y los términos estaban muy lejos. Pedían 8.000 y nosotros queríamos dar 1.000; naturalmente, había un poco de diferencia.

Pasaron un sinnúmero de circunstancias. Los ferrocarriles, por no poder renovar sus materiales, no funcionaban bien. Se produjeron algunos paros. Perdían mucha plata por día, y entonces vinieron nuevamente a tratar el asunto. Ahí lo discutimos, lo peleamos, y finalmente fijamos como pago total la suma de 2.029 millones. En esa cifra cerramos el trato. De 8.000 a 2.000, era negocio de cualquier manera. Claro que nosotros, en el contrato de compra venta, pusimos bienes directos e indirectos. Los directos eran los ferrocarriles; los indirectos eran las 23.000 propiedades. En la compra indirecta entraba, por ejemplo, todo lo que va desde la Casa de Gobierno hasta el puerto.

Pero había que pagar esos 2.029 millones, que como quiera que sea, son 2.029 millones, y no teníamos con qué. Pero nosotros habíamos colocado en el contrato de compra venta una cláusula que establecía que manteniéndose la convertibilidad de la libra, íbamos a pagar con un crédito que teníamos como saldo de la guerra. En esa situación, los ingleses declararon la inconvertibilidad de la libra, y resultó que nosotros teníamos los ferrocarriles y no los pagábamos. Reiniciadas las conversaciones para ver cómo íbamos a pagar los ferrocarriles llegamos a un acuerdo para pagarlos con trigo. En aquella época el costo del trigo era muy bajo; lo comprábamos a 20, y en el mercado internacional lo vendíamos a 60. En consecuencia, de los 2.029 millones, nosotros pagábamos el 33 %, o sea la tercera parte: 850 ó 900 millones. Pero había que pagar esos 850 ó 900 millones y no teníamos con qué. Entonces pensamos cómo se podía hacer. Emitimos por los 900 millones de pesos y, como teníamos en nuestro poder los ferrocarriles y todas las propiedades indirectas, vendimos unas cuantas de esas 23 mil propiedades indirectas. En resumen, todo fué bien negociado. Se compraron los ferrocarriles sin gastarse

un solo centavo. Si hubiéramos tenido que gastar algo, no hubiéramos podido comprarlos porque no teníamos dinero.

Podría seguir explicándoles cómo pagamos la deuda externa, los teléfonos, el gas y cómo constituimos todo el servicio económico y financiero de la Nación, con los fondos que teníamos, pero estaría demás hacer una larga disquisición de cómo se hizo la recuperación nacional. Lo importante es que se hizo y que se hizo sin un centavo, ganando dinero encima, que es como hay que hacer las cosas económicas.

Otro ejemplo podría constituirlo la Flota Mercante. Nadie tiene una idea aproximada sobre lo que cuesta una flota mercante como la que tenemos nosotros. Se dice un millón trescientas mil toneladas, pero hay que ver cuántos barcos hay que construir para tener un millón trescientas mil o un millón quinientas mil toneladas que debemos tener a fines del año 1952.

En aquella época teníamos doscientas mil toneladas de barcos viejos que andaban a diez nudos. Ese es el legado que recibimos. Cómo hicimos la Flota Mercante sin plata. Porque se trataba de hacerla sin plata.

Nosotros teníamos el oro que estaba depositado en el Banco Central que había dormido allí durante muchos años, y entonces cambiamos los barcos por oro, porque en aquella época no era cuestión de tener el oro estático, sino de tener el oro dinámico, que es el que interesa, pensando nosotros que el oro no es el oro sino lo que produce el oro. Cambiamos los barcos por oro. Cuando esos barcos empezaron a navegar, en tres viajes trajeron al país el oro que costaron en forma de fletes y divisas. Y durante el resto de sus viajes vinieron trayendo cada tres viajes, lo que costaron en oro. Y fuimos acumulando una pequeña reserva, que yo no nombro porque es reservado y me retaría después el ministro de Finanzas.

Así es señores, como hemos comprado la Flota Mercante. Tenemos la Flota Mercante, y no sólo no hemos gastado dinero en adquirirla, sino que hemos ganado. Pero allí no está el gran negocio. El gran negocio que hicimos está en que esos barcos originariamente y término medio costaron un millón y medio de dólares y hoy valen de cuatro a cinco millones.

Lo importante es que esa flota es indispensable para cumplir el segundo ciclo de la independencia económica, porque el que no tiene barcos está subordinado a las imposiciones del cargador, como nos pasaba a nosotros cuando queríamos vender nuestra carne. Si los únicos barcos que la llevaban de acá eran de nuestros compradores, ¿cómo podíamos hablar de precios. Hoy ya tenemos nuestros barcos de manera que cuando no va en los barcos de ellos, puede ir en los nuestros. Esto se incorpora al segundo ciclo.

Pero, señores, como digo, sería extenso que yo dijese cómo hicimos cada una de esas cosas. Están ya protocolizadas en la historia de la recuperación nacional que nosotros tenemos. Lo importante es determinar que cuando llegamos al gobierno teníamos 6.500 millones de pesos de deuda, por la cual pagábamos más de 850 millones de pesos anuales y, además de eso, perdíamos todos los servicios financieros de esas empresas que hemos incorporado al patrimonio y que sumaban en total alrededor de 5.000 millones de pesos por año, que, incorporados al ciclo económico de la República, nos permitieron consolidar y sustentar en forma permanente la reforma social establecida. Y ha permitido a la República ofrecer un panorama donde el problema social ha desaparecido casi totalmente, porque los obreros están conformes y los patronos, ¡bueno!, los patronos ganan cada día más y están más contentos.

Señores: muchos piensan que con esto ya estaría realizada la independencia económica. Nada más incierto. Hemos recuperado lo que negativamente se había

sustraído al país y mediante lo cual lo gobernaban, lo dirigían y lo explotaban. Y si no, bastarían que ustedes pensasen en lo siguiente: tomen el país mejor organizado, más poderoso y más rico. De ahí me dan las cinco cosas que yo elija y a ese país lo gobierno aunque esté a diez mil kilómetros de distancia de aquí. Transportes terrestres, comercialización, o sea exportación e importación, sistemas financieros, transporte de ultramar. Si de cualquier país me dan esas cinco cosas no necesito más para gobernarlo y hacer de él lo que quiera. Piensen ustedes que la recuperación de los ferrocarriles, de la importación, de la exportación, de los servicios financieros y de los transportes de ultramar son el problema de la recuperación nacional. Hay muchas otras cosas que podrían recuperarse, pero a mí no me importan esas cosas. No me interesan. Me interesan, sí, estas cinco cosas para que sea posible que los argentinos gobiernen a la Argentina, porque si no las tienen, no la van a gobernar jamás.

Bien, señores; con este primer ciclo de la independencia económica hemos conquistado el gobierno de la República Argentina y creemos que hemos hecho una hazaña. No hemos hecho nada más que tomar el gobierno, poder gobernar. No quiere decir que seamos económicamente independientes y si no, pasemos a considerar el segundo ciclo.

Cuando yo inicié mi gobierno, decía a mis amigos, compañeros de los que se doctoran ahora en ciencias económicas, que forman ese maravilloso equipo de gente joven a quien yo tengo tanto que agradecer, decía, repito, lo siguiente: "Cuando estornudaba el ministro de hacienda o de finanzas de aquellos lejanos países que nos gobernaban, sentíamos la conmoción del estornudo. Tal era el estado de dependencia de nuestra economía". Eso era lo que preocupaba: desligarnos de eso, cortar ese cordón umbilical y establecer una economía propia que no dependiese en forma tan preponderante de lo foráneo, era la verdadera realización de la independencia económica.

Señores: podemos decir que esto es un poco de obra de Dios, porque el haber elevado el standard de vida de la población argentina permitió que su consumo aumentase cuatro o cinco veces. Y, con el aumento de ese consumo y el correspondiente aumento paulatino de la producción, pudimos aumentar extraordinariamente el volumen del comercio interno disminuyendo también paulatinamente las cosas imprescindibles del comercio internacional. Eso ayudó a nuestra industria, tonificó, reactivó la economía argentina, y nos permitió cambiar los términos del viejo problema, cuando consumíamos el treinta por ciento y exportábamos el setenta, porque hoy consumimos el ochenta por ciento y exportamos el veinte.

Ejemplo, señores: en 1936 un enviado argentino fué a comercializar a Londres las carnes argentinas. Comenzó su discurso diciendo que, económicamente la República Argentina formaba parte del Imperio Británico. En cierta manera tenía razón. En la Cámara de los Lores se había afirmado, poco años antes lo mismo, diciendo que la República Argentina era la mejor de sus colonias, porque incluso se gobernaba y se defendía sola.

Señores: cuando llegó ese emisario —estuvo allí cuatro meses—, planteó el problema y dijo: "Vengo a vender las carnes de la República". Y le dijeron; "Nos parece bien. Pero nosotros tenemos un tratado, que hemos firmado en Ottawa hace pocos años, que no nos permite comprar la carne fuera de los dominios de nuestro imperio". El que tenía que vender el setenta por ciento de la producción de carnes argentinas, me imagino que se pasó unos cuantos días sin dormir, y habrá dicho: "Señor, esto es la ruina de la República Argentina". Entonces se buscó una combinación y se dijo: "Bien, lo que podríamos hacer nosotros, sería tomar el monopolio de todos los transportes de la ciudad de Buenos Aires, y en compensación de eso que ustedes nos dan le vamos a comprar las carnes. En otras palabras: ustedes nos dan la plata y nosotros les compramos las carnes".

Me parece que lo más justo habría sido que el gobierno hubiese tomado el monopolio de los transportes de Buenos Aires y comprado la carne para regalarla a los argentinos y no a los ingleses. A los ingleses no hay que achacarles ninguna culpa; ellos hicieron un negocio y defendían sus intereses. ¡Los miserables fueron aquellos malos argentinos!

Hoy, esos mismos señores dicen que los ladrones somos nosotros. ¡Ellos son los honrados!

Señores: han pasado algunos años. —Qué diferencia con nuestros tratados realizados por estos cuatro muchachos, que no son tan hábiles como se decían aquellos! Estuvimos un año esperando precios y cuando nos ofrecían noventa libras no vendimos. Llegamos a tener varios millones de cueros almacenados esperando precios y hemos vendido siempre a los precios que queríamos nosotros. La prueba está en que frente a las noventa libras ofrecidas por tonelada larga, la carne se está pagando hoy arriba de ciento cuarenta. Y eso ha sido posible porque el margen de exportación es apenas el veinte por ciento del volumen del consumo, y para nosotros, señores, vale lo mismo un peso de un catamarqueño —que antes no comía carne y ahora sí—, que el peso que pueda venir, por la convertibilidad de la libra, de un habitante de las Islas.

Señores: estos dos ejemplos, que conocen todos los argentinos, evidencian de una manera real, no con palabras, no con charlatanería inútil, sino con realidades fehacientes, cuál ha sido el cambio y por qué hoy podemos agregar a lo de socialmente justa, lo de económicamente libre y lo de políticamente soberana.

Señores: todo esto fué posible realizarlo, no solamente por las circunstancias que he apuntado en esta conversación sino porque en 1946 nosotros acertamos con las predicciones del futuro. Como pasa en todos los buenos negocios que pueden realizarse, si uno acierta con anticipación se efectúa un buen negocio; en cambio, si se equivocan los cálculos, no se efectúa un buen negocio. Por eso digo siempre que el que no tiene buena cabeza para prever, ha de tener buenas espaldas para aguantar.

En 1946 se presentó al mundo una situación extraordinariamente difícil que se podía aprovechar solamente si se acertaba con cuatro o cinco años de anticipación en las predicciones y previsiones de lo que iba a ocurrir. En 1946 había terminado la guerra; y cuando ello ocurre, no queda más que una cosa por hacer: pagarla. Es como al hombre a quien le da un ataque de locura en su casa y rompe todo lo que está a su alcance. Después recobra el uso de razón y quiere continuar viviendo en la misma casa; tiene entonces, como consecuencia, que pagar todo lo que ha roto. La guerra es lo mismo. Se destruye todo por esa gente que se enloquece por la barbarie de la guerra y cuando termina, hay que pagar lo que se ha destruido.

Al terminar la guerra en el año 1946, se presentó el mismo fenómeno. Nosotros pensamos, ¿cómo y con qué se iba a pagar la guerra. Los pueblos se hallaban empobrecidos, muchos de ellos hambrientos; se comía una vez por semana y mal. A través de dos guerras como las del 14 al 18 y la del 39 al 45, se habían destruido todos los valores que la humanidad acumuló en cien años.

Imaginamos entonces, que esto se pagaría de una sola manera: desvalorizando las monedas y que la desvalorización universal de las monedas era un hecho que se presentaría infaliblemente entre los años 46 y 50. Y acertamos: esa desvalorización se ha producido en el mundo entero.

¿Qué hicimos nosotros en 1946? Invertimos parte del oro y las divisas que teníamos en comprar bienes de capital en el exterior para traerlos a nuestro país. Sólo en el período 47 - 48 trajimos 60 mil camiones, y los que costaron en el año 47 ocho mil pesos están valiendo actualmente 120 mil.

Compramos mil Thornycroft a veintitantos mil pesos, que ahora están valiendo 300.000 pesos, después de cuatro años de uso. Entraron al país las maquinarias de 30 mil industrias a un costo igual a la décima parte de lo que cuestan hoy, después de haber funcionado 4 años. Compramos distintos materiales, entre ellos los tanques del ejército, a razón de 22.500 pesos cada uno, y actualmente ese mismo tanque cuesta medio millón de pesos.

Señores: esa inmensa adquisición de bienes de capital que se hizo en aquel entonces, ha valorizado el patrimonio nacional en muchas veces lo que costaron. Fué todo ese aprovechamiento integral de la valorización y movimiento monetario del mundo, el que nos permitió a nosotros realizar la independencia económica para llegar a nuestros días, en que hemos pagado toda la deuda pública, hemos incorporado al Estado todos los servicios que representaban enormes remesas de servicios financieros y hemos acrecentado el patrimonio estatal en casi 20.000 millones de pesos.

Pero hemos hecho más que eso. Hemos tomado en nuestras manos los destinos económicos de la Nación. Ahora no somos ni gobernados ni dirigidos sino desde nuestro propio país. Hemos conseguido con ello poner de pie a nuestra economía, pero hemos conseguido aún algo más. Hemos transformado una economía de miseria en una economía de abundancia, y podemos enfrentar el futuro con todas las posibilidades, porque ahora el destino de nuestro país está en manos argentinas.

Es por eso que al comenzar estas palabras dije, dirigiéndome a los egresados de la Facultad de Ciencias Económicas, que ellos serán los depositarios de ese bien adquirido por los argentinos con el esfuerzo y la preocupación de los argentinos, y que en sus manos está en el futuro la defensa de eso, que de hoy en más debe ser sagrado para los argentinos.

No creo que en este orden de cosas pueda volverse a lo de antes, y no se volverá porque además de haber conquistado la independencia económica, hemos formado en el pueblo una conciencia que hará reaccionar al más humilde de los ciudadanos contra quien pretenda volver a entregar el país a intereses foráneos. Quien se anime a eso recibirá la condena y la sanción hasta del más humilde y del último de los argentinos.

Por esa razón, a estos muchachos que empiezan a hacer sus primeras armas en la profesión, yo quería pedirles, en nombre de todos los argentinos, que cualquiera sea la bandera que enarboles en la lucha por la vida, no olviden jamás que al margen de ella hay una bandera que debemos y hemos jurado defender todos los argentinos, hasta perder la última gota de nuestra sangre. Por el honor de los pueblos no se puede enarbolar jamás ninguna bandera que no vaya acompañada por esa cuyos intereses han de ser sagrados para los hombres bien nacidos.

Señores: para no alargar esta conversación, quiero dedicar, en segundo término, algunas palabras a los compañeros que egresan del curso superior de capacitación. Ellos saben que cuentan con la predilección de mi corazón porque son humildes y siendo yo un hombre que también pretende esgrimir siempre esa arma poderosa del espíritu que es la humildad, cuanto les diga va dirigido, desde mi corazón, al corazón de cada uno de ellos, que lo sé leal, que lo sé sincero y lo sé también humilde.

Iniciarán ellos un nuevo camino en su vida, quizás el más azaroso hasta ahora, y mi primer consejo es el que me dicta la experiencia: cuiden de conservarse como son. El mundo en que van a actuar es tentador para perder esa humildad y para cambiar esa sinceridad por otro sentimiento; que se sientan incontaminables en su humildad y en su sinceridad es todo cuanto yo les pido desde lo más profundo de mi corazón.

Actuarán en representación de la República, muchos de ellos en el exterior. Es allí donde cada argentino tiene más responsabilidad, porque de cualquiera de los actos innobles que pudieran cometerse es también un poco responsable la República, que los envía en su representación. Ellos no actúan nunca por sí, no se pertenecen a sí mismos. Actúan sólo por la República y se pertenecen sólo a la Nación, en el desempeño de sus funciones.

Sé que cada uno de ellos es un buen argentino; sé que cada uno de ellos es un buen trabajador y sé, por eso, que en su misión y en su función, no solamente sabrán cumplir sino que sabrán también honrarla. Les he de recordar lo que tantas veces les he dicho a los compañeros: los cargos pueden elevar al ciudadano, pero eso no tiene ningún valor si el ciudadano no sabe honrar el cargo. Y recuerden siempre que los honores no se reciben: los honores se merecen.

En eso, que quizás ya no tenga oportunidad de repetirles desde hoy en adelante, lleven el mejor consejo que pueda haber recogido en mi actuación y en mi vida para ofrecérselo a ellos con toda mi sinceridad y con todo mi corazón. No he de extenderme acá sobre las funciones específicas de los cargos que han de desempeñar; ellos están ampliamente capacitados por los cursos que han realizado, y después, en privado, yo he de complementarles esas instrucciones, ya con el mandato implícito que el presidente de la República da a los representantes del país en el exterior.

Sin embargo, quiero cerrar estas palabras diciéndoles a ellos, como también a los doctores en ciencias económicas que reciben en este acto sus diplomas, que les deseo, con el sentimiento de un amigo y con el calor de un hermano, que sean inmensamente felices y que su camino esté jalonado de triunfo y de esplendor, con un solo pensamiento en cada uno: que cuando se muera, con sus obras haya dejado a la República un poco más grande y más feliz que cuando la recibió al nacer.





...Deseamos que haya una Universidad que se dedique a enseñar y aprender, y realice, asimismo, investigaciones científicas que levanten el nivel de nuestra ciencia. En esta forma, algún día podremos ver materializada nuestra máxima aspiración, es decir, que la ciencia sirva dentro de nuestro país para el mejor bienestar colectivo, y fuera del mismo para que la capacidad de nuestros profesionales y el resultado de sus investigaciones constituya un orgullo para la República Argentina.

PERON

Este folleto se terminó de imprimir
el día 18 de septiembre de 1951,
en los Talleres "Optimus" S. R. L.,
Valentín Gómez 2715-19. Bs. Aires.

